

SUMARIO

El periodo preliminar de la campaña, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.
—*Reglas para la guerra en el Africa del Norte*, por Marqués de Zayas, teniente coronel de Estado Mayor.—*Los ejércitos del porvenir*, por Un aspirante á veterano.—*Los franceses y Marruecos*, por Coronel Sainte-Chapelle.

BIBLIOTECA

Pliegos 19 y 20 de «La Argelia francesa», por D. Federico Pita Espelosin, capitán de infantería.
Pliego 14 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.
Pliego 71 de «Geografía Universal», por D. Luís Trucharte y Villanueva, comandante de infantería.

EL PERIODO PRELIMINAR DE LA CAMPAÑA

No hay problema más difícil que el de la guerra, ni cuestión de la que se hable con más desenfado y ligereza por toda clase de personas. La actual campaña de Melilla no podía substraerse á esta funesta costumbre, y mucho menos dado nuestro temperamento meridional y el desconocimiento que, dígase lo que se quiera, tienen la casi totalidad de los españoles del problema marroquí.

Quien más, quien menos, todos aguzan el ingenio y recurren á sus conocimientos militares, sean estos escasos ó profundos, para planear operaciones, casi siempre absurdas, y criticar con petulancia lo hecho hasta ahora en los alrededores de Melilla. No con el propósito de incurrir en el mismo error, sino deseosos de contribuir á atajarlo, resumiremos en cuatro palabras lo realizado en el primer periodo, ó preparatorio, de la campaña, y expondremos algunas consideraciones sobre las dificultades que probablemente habrán de vencerse más adelante.

Después de la agresión de los rifeños y del duro castigo que se les impuso con diligencia ejemplar, nuestras tropas, efectuando un principio de ofensiva, pasaron á ocupar posiciones avanzadas al E. de Melilla, estableciendo campamentos en ellas. Esas posiciones, en línea sensiblemente recta, son dominantes en partes, pero se encuentran á su vez dominadas por las estribaciones del Gurugú, y tienen á su frente y espalda cortaduras y depresiones impropias para los movimientos de gruesas masas regulares, aunque muy propias para ser utilizadas con ventaja por los naturales del país.

Convertida esa línea avanzada en base ó apoyo para el avance ulterior, lo primero que se necesitaba era organizar una línea de comunicaciones,

y ella se estableció con innegable acierto siguiendo la vía férrea de las minas, tanto por contar con este utilísimo medio de transporte, como por su proximidad al mar, dominado por nuestra escuadra, y su alejamiento de la zona peligrosa, las faldas septentrionales del Gurugú.

Consiguióse este primer objetivo sin grandes dificultades; pero alzado en armas casi todo el Rif y reforzada la jarka por copiosos contingentes argelinos y del interior, ocurrió lo que no podía menos de acontecer: los moros atacaron nuestras posiciones avanzadas, antes de que nos estableciéramos sólidamente en ellas; rechazados victoriosamente, y fortificados después los campamentos del E., comprendieron los rifeños que su única esperanza de éxito consistía en cortar nuestra línea de comunicaciones, y, á este fin, corriéndose por retaguardia de la línea avanzada, cayeron repetidamente sobre la vía férrea y atacaron los convoyes enviados á la segunda caseta, librándose con este motivo empeñados y sangrientos combates, acaso los más duros de toda la campaña. Únicamente cuando la línea de comunicaciones ha sido puesta en estado de defensa ha cesado la obstinación marroquí, pero sin que esta pausa sea indicio, ni mucho menos, de que las hostilidades tocan á su fin.

Juzgando lo hecho, se ha dicho, entre otras mil cosas que no resisten á una reflexión serena y desapasionada, que nuestro primer avance fué prematuro, y que el empeño en sostenerlo nos ha costado inútilmente mucha sangre. Como este juicio tiene apariencias de ser acertado, lo examinaremos brevemente.

El Rif es una región quebrada y montañosa, favorable á la guerra de partidarios; el rifeño, á su vez, es maestro en una campaña irregular, pero enemigo de poca importancia en campo abierto; sus métodos de guerra, y por consiguiente los que contra él han de emplearse, difieren esencialmente de los admitidos por los ejércitos regulares, lo que impone se practiquen estos previamente y se habitúen al enemigo antes de intentar nada serio contra él. Un batallón aguerrido, de grandísima cohesión, perfectamente instruido á la europea, puede ser tenido en jaque y seriamente amenazado por doscientos moros que se muevan á favor de las desigualdades del terreno; mientras que una simple compañía acostumbrada á los procedimientos marroquíes y á la vista de aquellos kabileños, triunfará fácilmente contra un enemigo cuatro veces más numeroso. Para educar al soldado en este género especial de guerra, no hay otro sistema que el de la masa, el de mantener á la tropa bajo la acción inmediata de sus oficiales, el de obtener toda la fuerza moral y la energía que dan la reunión y el contacto; y por este motivo, naturalísimo y lógico ha sido que en los primeros combates las tropas se hayan batido con sin igual bizarría á la defensiva, y no se hayan logrado positivos frutos de la ofensiva parcial, desconcertada á *fortiori* por la extraña manera de combatir de la morisma.

Sentado lo que precede, no cabían más que dos partidos al iniciarse

las hostilidades: avanzar y ocupar posiciones que facilitarán y permitirán la ofensiva declarada al contarse con las tropas necesarias para ejecutarla, ó replegarse á los límites del campo y aguardar la llegada de refuerzos. Probable es que esta última resolución hubiera economizado sangre en el primer periodo de la campaña, pero esa sangre se hubiera derramado con creces al internarse en el Rif, porque las tropas no estuvieran entonces bien preparadas, y á las dificultades de la invasión se agregarán las de la novedad de aquella guerra particular. Permaneciendo en el campo de Melilla, la jarka se hubiera reforzado con todo desahogo, y la ocupación á viva fuerza de las posiciones que ahora ocupamos habria tropezado con grandes dificultades, y sido imposible, ó poco menos, la dominación del Gurugú, por tenerla que realizar con los dos flancos al descubierto. Es decir, que en lugar de allanar las dificultades, las habríamos aumentado en el triple concepto de no haber ejercitado á nuestras tropas, permitir la libertad de movimientos y envalentonar al enemigo, y tener que ocupar á viva fuerza posiciones cuya conquista se hizo sin obstáculos. La única ventaja que se hubiera obtenido procediendo así consistiera en evitar los ataques de flanco á los convoyes enviados á la segunda caseta de la vía férrea; pero los combates librados con este motivo, aunque no nos han dado un solo palmo de terreno, no han dejado de ser útiles, porque han enseñado á los rifeños á respetar nuestras defensas y han llevado al fuego á casi todas nuestras tropas.

Digase lo que se quiera, teniendo como teníamos allí los regimientos y unidades que componían la guarnición de Melilla, y los cuales estaban ya aguerridos y avezados á habérselas con los moros, la ocupación de la línea avanzada no entrañó ningún peligro grave; al contrario, desvió hacia otra parte la atención de los moros, permitiendo que dentro de los límites de nuestro campo se efectuaran con orden y rapidez los complejos é inmensos preparativos que supone una campaña en territorio poco poblado y teniendo como única base un puerto marítimo.

Finalmente, tanto desde el punto de vista político, como desde el militar y el higiénico, convenía que afirmásemos desde el primer momento nuestra superioridad, mediante la dominación de una zona enemiga de mayor ó menor extensión, y se diera amplitud á los campamentos para la fácil maniobra y descartar los riesgos de una epidemia ó simplemente de las enfermedades llamadas de aglomeración.

Los que se muestran impacientes por ver iniciar las operaciones activas, deben tener presente lo que tardaron los franceses en avanzar después del bombardeo de Casablanca, y recordar que el mismo Napoleón no consiguió dar á sus campañas africanas el mismo brillo que imprimió á las reñidas con las potencias europeas. En la guerra, todo requiere tiempo, y mucho más cuando se ha de partir de un punto en el litoral enemigo y ha de comenzarse por organizar la base de operaciones y la de abastecimiento.

En resolución, no puede desconocerse que en Melilla se está procediendo con método y con sujeción á un criterio fijo y rectamente enderezado á un fin; y esto, que es tan sencillo de decir como difícil de ejecutar, debe llevar la confianza á todos y ser prenda segura de nuestra final victoria. Pero aunque cupiera un plan mejor que el que se va desenvolviendo —lo que no pasa de ser una hipótesis sin fundamento—, sería preferible proseguir sin vacilaciones el ya comenzado que ensayar otros nuevos, porque nadie ignora que una de las grandes máximas sentadas por los genios de la guerra, afirma que es mejor obrar resueltamente luego de adoptada una decisión, que titubear, vacilar y pesar el pro y el contra de todas las soluciones para deducir la óptima. Que se obre con tenacidad inflexible después de madura reflexión, es todo lo que se puede anhelar, y esto es seguramente lo que se hace en Melilla.

* * *

Cuando comience la ofensiva ¿cuál será el objetivo de nuestro ejército? En una guerra regular, la respuesta no sería dudosa; pero tratándose de marroquíes no cabe igual seguridad, porque la jarka, poderosa hoy, podrá haberse disuelto mañana, sin que á pesar de ello quede pacificado el Rif ni logrado el objetivo de la guerra.

Tratárase de guerrear contra el Sultán, y podría conjeturarse el término de la campaña, bien por la destrucción del ejército enemigo, ya por la ocupación de ciertos territorios, con la consiguiente amenaza de desmembración del Imperio.

Mas el conflicto actual se sale de la esfera de todo lo visto y corriente: hay que castigar á la jarka y no molestar al país, pues de lo contrario sobrevendría un alzamiento general; es menester tratar con la mayor severidad á unas kábilas y con dulzura á otras; la espada en una mano y el pan en la otra son las dos armas que deben emplearse. De suerte, que el futuro plan de operaciones, necesariamente fundado en un profundísimo conocimiento de los rifeños, ha de inspirarse en razones de orden político á la vez que en exigencias de carácter militar. No hay para qué decir que, como cada cual, tenemos formado concepto, acaso equivocado, de lo que se va á hacer y cómo se va á hacer; pero á nadie importa cual sea ese concepto; el único que interesa es el que se desarrolle en los campos de Mellilla; la pública exposición de los demás solo conduciría á encender la confusión en los espíritus y acaso á restar méritos, siquiera fuese en pequenísimo grado, á las páginas que se escriban en Africa con sangre española.

No es esta ocasión de profetizar ni de sentirse estratega; estudiemos y analicemos los hechos de la guerra, y de ellos iremos todos deduciendo enseñanzas que tal vez más tarde puedan tener aplicación. Ni de-

bemos hacer menos los que no compartimos con el ejército de operaciones los riesgos y las glorias de la guerra, ni nos compete hacer más.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

11 agosto 1909.

REGLAS PARA LA GUERRA EN EL AFRICA DEL NORTE

No han desaprovechado los franceses las lecciones recibidas en su reciente campaña de Marruecos. Conocedores, por experiencia, de las dificultades que presenta la penetración armada en la región del Atlas, procuran perfeccionar la proverbial *práctica Africana* que durante más de medio siglo de lucha adquirieron en la Argelia, y preparan con incansable empeño la organización é instrucción de las tropas, dotándolas de todas aquellas facultades que garantizan desde los primeros momentos el primer éxito y su derivada, la supremacía moral, tan indispensable en las empresas coloniales.

Condensa el rico caudal de las enseñanzas que en esta clase de guerras posee indudablemente el ejército francés un nuevo reglamento publicado con el título: "*Guerre d' Afrique. Guide-annexe des règlements sur le service en campagne et de manœuvres.*" Su autor, el coronel Frisch, jefe de estado mayor del general D' Amade, en la campaña de Chauia del año pasado, acredita una vez más su reputación como africanistas y como oficial de sobresaliente mérito.

Algunos pormenores de este manual, extractado á continuación, podrán servir de norma exacta sobre el carácter de la campaña que hemos inaugurado en el Rif y llevarán también al ánimo el convencimiento de que los preceptos estratégicos y tácticos del arte militar, desarrollados con orden metódico y con extremada energía y audacia, han de conducir de rechamante al triunfo completo y decisivo.

Teatro de operaciones y habitantes

Lo primero que interesa al oficial destinado á Africa es el teatro de operaciones y sus habitantes, cuya descripción hace el coronel Frisch.

El árabe es inteligente, astuto, muy inclinado al saqueo y con un fanatismo religioso que le lleva á la muerte sin inmutarse. Ginete consumado, siente irresistible afición al combate individual y á las sorpresas.

El bereber de la montaña se distingue marcadamente del árabe, del nómada de la llanura. Corpulento, vivo y arrojado, es el bereber soldado por naturaleza, muy apto para la guerra de montañas y muy diestro en la ejecución de atrincheramientos y en la defensa de posiciones y localidades.

En opinión del autor, el árabe lo mismo que el bereber son enemigos encarnizados de los franceses; eso sin contar con que los dogmas de su religión les impulsan á la guerra contra todo cristiano.

Para sojuzgar á estos enemigos, no basta vencerlos en el combate; es preciso ocupar su territorio.

Cuando solo se trata de reducir tribus rebeldes, recomienda el reglamento medidas de sumo rigor: desarme, entrega de los promovedores de la rebeldía é imposición de multas. Los principales culpables deben ser castigados con severidad. El autor cree que todo jefe de tropas independiente ha de estar investido de facultades para someter á los indígenas culpables á un consejo de guerra, sentenciándolos y haciendo cumplir inmediatamente la condena. No ha de olvidarse nunca que toda suavidad y moderación son interpretados por los indígenas como temor y debilidad.

Servicio de exploración

Es de la mayor importancia este servicio, porque las cartas disponibles son muy deficientes. Pueden hacerse reconocimientos con tropas, sólo á muy corta distancia; el destacar patrullas á lo lejos es muy peligroso.

El reglamento recomienda el empleo de espías, prisioneros y guías del país.

Mucha cautela ha de tenerse con los espías. En algunas circunstancias podrán ser ventajosos los dobles espías, dándoles informaciones falsas para que engañen al enemigo.

Es preciso interrogar á los prisioneros inmediatamente después de cogidos, aprovechando los primeros momentos de excitación. Se les preguntará por separado y se cotejarán los datos adquiridos.

Los guías indígenas son indispensables. Lo difícil es encontrarlos, porque la mayor parte de aquellas gentes dicen no conocer los caminos. Para estar prevenido contra cualquiera traición, aconseja el reglamento emplear varios guías á la vez, poniéndolos á la cabeza de la columna alternativamente.

Estrategia

La diferencia esencial entre los métodos de guerra aplicables en el Africa del Norte y los vigentes en cualquier teatro de operaciones europeo consiste, según el autor, en que en Africa no se tiene en frente un ejército enemigo, sino tribus enemigas, y faltándoles á éstas la confianza mutua y una sólida instrucción, el primer fracaso que sufren conduce á la disolución.

El efecto moral tiene en Africa una importancia capital, y no se alcanza sino por medio de operaciones ofensivas. La victoria no la dan el número de enemigos muertos, sino el de los deprimidos moralmente, dice un adagio árabe.

Las operaciones han de prepararse con el mayor cuidado y detalle, para poderse desarrollar rápida y enérgicamente. Todo comienzo prematuro de las operaciones es una falta gravísima. Y este precepto está sancionado por la experiencia de las guerras coloniales.

El reglamento previene que las operaciones sean tan breves como vigorosas.

Respecto al empleo de las tropas en grande escala, se dice—en oposición á los métodos europeos, según los cuales el fraccionamiento de fuerzas suele ser una falta estratégica—que en Africa pueden distribuirse las tropas, sin riesgo alguno, en varias columnas independientes. Al enemigo le faltará el golpe de vista estratégico y también la organización conveniente, para sacar partido de este fraccionamiento. La marcha de avance en varias columnas causa en el indígena una impresión penosa y hasta le incapacita para la resistencia. Cada columna deberá ser bastante fuerte para sostener combate sin auxilio de las demás, y se compondrá de tropas de las tres armas. La cooperación de las diversas columnas ha de estar siempre asegurada, calculando con la mayor minuciosidad el tiempo y espacio.

Operaciones en el llano

Las operaciones en el llano están influidas por la necesidad de atender al abastecimiento, conservando siempre el enlace con la línea de etapas. Para cubrir ésta es preciso fortificar puestos y crear depósitos de víveres, junto á manantiales ó en cruces de caminos, siempre que sea posible.

Recomienda el reglamento, para las operaciones en el desierto, el prescindir de este penoso abastecimiento durante cierto tiempo, llevando consigo provisiones y siguiendo la línea de los oasis.

El objetivo principal de las operaciones ha de ser el obligar al enemigo al combate decisivo, en el cual se hará valer la superioridad del armamento y la educación militar de las tropas.

Toda operación ha de ser coronada con la rendición del enemigo. No basta para ello una sola victoria; es imprescindible además destruir todos los recursos del enemigo, procedimiento que el autor califica de cruel y bárbaro pero que no puede evitarse.—Una operación que no conduzca al aniquilamiento total y al saqueo (*razzia*) de las tribus, solo alcanzará un éxito transitorio.

Operaciones en la montaña

Para estas operaciones se recomienda ocupar con columnas todos los puntos estratégicos importantes, de tal manera, que el enemigo sea acorralado en un valle ó en un macizo montañoso y no le quede más remedio que la muerte ó la rendición.

A toda operación en el llano, lo mismo que en la montaña, debe seguir inmediatamente el establecimiento de cierto número de puestos fortificados defendidos por infantería con algunas piezas. En cada fuerte se almacenarán provisiones, por lo menos para un mes, y así se aumentará en alto grado la facultad operativa de las columnas.

Táctica

El principio de mayor importancia consiste en que la táctica propia se ajuste á las aptitudes tácticas y á los hábitos del adversario. Aún cuando de individuo á individuo son superiores las aptitudes guerreras del enemigo, existe una causa de inferioridad muy marcada en la deficiencia de instrucción y de armamento del africano.

La dificultad está en obligar al enemigo al combate decisivo. Hay probabilidades de obtener un éxito completo atacándole al amanecer, puesto que se ha observado que suele replegar de noche parte de sus fuerzas, para ocupar de nuevo sus posiciones durante el día.

El reglamento prescribe en todos los casos, el procedimiento ofensivo. Los ataques de frente, combinados con otros de flanco, conducirán rápidamente al objetivo. Para los ataques de frente hay que adoptar un escalonamiento poco profundo; muchos fusiles en la línea de fuego y pocas reservas á retaguardia. Estas son, sin embargo, indispensables, porque el enemigo acostumbra hacer reacciones ofensivas.

Lo esencial es conservar siempre la iniciativa. Aún cuando ante los bruscos ataques de los árabes hay que mantenerse al principio á la defensiva, se procurará pasar á la ofensiva lo más pronto posible.

En las operaciones en el llano contra los árabes, deben esperarse las cargas de caballería por todos lados, en las cuales los ginetes llevan á la grupa tiradores especiales. Empeñar contra ellos la caballería propia sería irreflexivo, pues pronto quedaría cortada y envuelta. Lo mejor es resistir con infantería, si ésta sabe conservar la calma. Como los ataques del enemigo se dirigen principalmente contra la impedimenta, es preciso atender á su protección, formando toda la columna un cuadro alrededor del convoy, y para impedir que en este cuadro penetren los ginetes enemigos, marcharán dentro de él reservas especiales.

En la guerra de montaña contra bereberes recomienda el coronel Frisch expulsarlos de sus hogares, y como intentarán volver á ellos, se presentará ocasión para el combate decisivo.

La buena instrucción táctica de las tropas para el combate, marchas y servicio de seguridad reclama, en opinión del autor, los mayores cuidados en la enseñanza de principios teóricos y prácticos, lo mismo antes de las operaciones, que durante la marcha y en el campamento. Cada individuo debe saber el papel que le incumbe. En cada soldado debe arraigar la convicción de que siguiendo al pie de la letra todos los preceptos y manteniéndose siempre sereno, será invencible.

Composición de las columnas de operaciones

La guerra de marchas africana, como dice el reglamento, requiere unidades operativas compuestas de todas las armas y provistas de los necesarios medios de transporte para el abastecimiento. Las unidades de tiempo de paz deben conservarse, para que las tropas estén mandadas por los mismos jefes y oficiales.

Si el enemigo es algo considerable, la fuerza mínima de una columna constará de dos batallones, un escuadrón y una batería. La proporción de las diversas armas entre sí dependerá de las circunstancias. La infantería constituirá el arma principal. La caballería puede calcularse en $1/4$ ó $1/6$ del efectivo total, en las operaciones en el llano, y en $1/20$ en país montañoso; la artillería: ocho piezas de tiro rápido por 1,000 hombres en el llano, y cuatro cañones por cada 1,000 hombres en la montaña.

Importancia suma tiene la designación del jefe. No ha de ser nombrado por su antigüedad, sino por su aptitud.

Una de sus principales obligaciones es la preparación de las operaciones. El reglamento previene que, antes de principiarlas, se han de dictar instrucciones especiales para las marchas, campamento y combate. Con severidad inflexible atenderá á la conservación del orden y disciplina. "El orden nos da la fuerza; solo por medio del orden y de la disciplina podremos vencer.

Antes de salir la columna recomendará á todos que se abstengan en la correspondencia privada de toda crítica sobre las operaciones, puesto que para ello les ha de faltar la ojeada de conjunto necesaria.

Servicio de seguridad

Encabeza el coronel Frisch este capítulo con la siguiente frase del general Du Barail: "El francés, por tradición, se expone siempre á las sorpresas, particularmente en Africa. A ello le inducen la confianza en si

propios y el desprecio del enemigo y de los peligros." Las reglas del servicio de seguridad tienen una importancia excepcional en Africa, donde en cada momento hay que contar con la sorpresa que intente el enemigo.

Seguridad en marcha

La vanguardia tiene solo por objeto prevenir sorpresas. No hay necesidad de procurar al grueso el tiempo necesario para disponerse, puesto que toda la columna estará siempre preparada para el combate. Careciendo el enemigo de artillería, puede marchar la tropa más concentrada, siempre que con ello no se produzcan molestias al soldado.

La vanguardia no se adelantará mucho, á fin de que no caiga en una emboscada.

Los flanqueos no son absolutamente necesarios en terreno llano. Esta misión puede encargarse á algunas patrullas de caballería. En terreno montañoso hay que destacar, por el contrario, flanqueos especiales á los costados, pero no á mayor distancia de 1,000 á 1,200 metros, para poderlos replugar á la columna rápidamente.

La retaguardia es indispensable, y su papel muy esencial, pues los árabes, lo mismo que los bereberes, atacan con preferencia la cola de la columna, esperando que del grueso de ésta se separarán fracciones. La retaguardia contendrá mucha fuerza y conviene agregarle una sección de artillería.

De noche se disminuirán mucho las distancias entre vanguardia, retaguardia y grueso; en algunas ocasiones hasta á 50 metros, para que esté más garantido el enlace.

Durante el reposo, recomienda el reglamento las medidas más escrupulosas, puesto que los moros son maestros en el arte de deslizarse sin ser vistos y suelen rastrear desnudos y empapados en barro y polvo para sorprender y apuñalar á los centinelas.

En terreno montañoso la seguridad del campamento corresponde á la infantería; en cada uno de los cuatro frentes se establecerá una gran-guardia de sección ó compañía, y ésta destacará varios grupos de centinelas, de á cuatro individuos. Ocuparán estos puestos las alturas de los alrededores y se extenderán de modo que el enemigo no pueda tirotear el campamento; nunca, ni de noche, estarán á menos distancia de 600 á 700 metros. Los centinelas se situarán de día á 200 ó 300 metros, y de noche á unos 50 metros delante de sus gran-guardias. Estas y sus centinelas no armarán tiendas. Es muy útil, de noche, el empleo de los perros de guerra.

Un cordón de centinelas rodeará además el vivaque, y si las tropas no tienen todavía lo experiencia de la guerra, convendrá fortificar el campo y envolverlo con obstáculos.

En el caso de un ataque del enemigo, los centinelas se replegarán sobre las gran-guardias. Estas esperarán al enemigo en su puesto y lo rechazarán con la bayoneta. Un batallón debe poner en vigilancia una compañía, y una compañía una sección. El jefe de la columna tendrá á sus inmediatas órdenes una compañía.

En el llano y de día desempeñan el servicio de seguridad del campamento gran-guardias de infantería á 1 kilómetro de distancia. Delante de éstas, á 2 ó 3 kilómetros del campamento, habrá patrullas de caballería.

De noche la caballería entrará en el campamento, y á éste se aproximarán hasta á unos 600 metros las gran-guardias de infantería, tomando enlace entre sí por medio de grupos de centinelas de á cuatro hombres que no se separarán á más de 50 metros.

Las piezas deben emplearse de día de tal modo que puedan de noche batir puntos importantes del terreno.

Reglamentar hasta los pormenores más pueriles el servicio de rondas y patrullas durante la noche, es de todo punto indispensable para evitar todo desorden.

MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

(Concluirá)

LOS EJERCITOS DEL PORVENIR

III

Una de las cuestiones que más preocupan á las potencias militares es la relativa á lo que se llama *encuadrar* las contingentes de reservistas en las unidades constituidas, y muy principalmente en las del ejército de primera línea, que será siempre el elemento resolutivo de las guerras.

Para conseguir este propósito—más aún que el de dar la instrucción necesaria á todos los conscriptos y favorecer la del oficial—, el método que ahora se sigue consiste en mantener las unidades bajo un pie de fuerza reforzado, de tal modo, que al pasar al pie de guerra queden los reservistas embebidos en la compañía, escuadrón y batería, y no se constituyan unidades, de hecho, nuevas. Por otra parte, como los gastos que imponen los cuadros de jefes y oficiales son sumamente crecidos, se tiende á aumentar el efectivo de las unidades, disminuyéndose así los gastos permanentes y los eventuales de una guerra. Ambas tendencias conducen al mismo fin: reducir las plantillas de generales, jefes, oficiales y clases y aumentar la fuerza en filas.

Estamos convencidos de que esa tendencia es funesta y puede acarrear males sin cuento. Para nadie es ya un secreto la declarada debilidad del ejército japonés en el último período de la guerra contra Rusia, debi-

lidad engendrada por la escasez de buenos oficiales y clases y que fué el principal motivo de pactar una paz poco gloriosa y de no terminar la guerra con el brillo que prometían las primeras batallas.

Siendo enormes las bajas de la oficialidad con relación á las de la tropa, al poco tiempo de iniciada una campaña los ejércitos beligerantes atravesarán una crisis profunda, porque al ejército primitivo, sólidamente constituido y bien mandado, substituirá otro formado con reservistas, muchos de los cuales habrán ya perdido los hábitos militares, á las órdenes de pocos oficiales de las tropas activas. En el continente, se pretende remediar este defecto con los cuadros de reserva y territoriales, y es indudable que el remedio será eficaz si también acude á él el enemigo. Pero ¿qué acontecería si después de las primeras batallas uno de los contendientes apelara á esos oficiales territoriales y el otro dispusiera todavía del suficiente número de oficiales del ejército activo, instruidos y jóvenes? Ciertamente, la ventaja se inclinaría á favor de este último.

Bueno es advertir que la verdadera potencia militar de una nación reside, dados los sistemas actuales, en el ejército de primera línea; las demás tropas, en número fantástico, nadie puede predecir el resultado que darán, por más que la guerra ruso-japonesa constituye una valiosa prueba en contra de la eficacia de dichas tropas.

Desde otro punto de vista, si el buen encuadramiento de los reservistas se logra mejor embebiéndolos en unidades nutridas á las órdenes de oficiales del ejército activo, no puede negarse que influyen más estos últimos en la homogeneidad de las nuevas formaciones que los efectivos que sirven de base. O, en otros términos, quedarán mejor encuadrados 200 reservistas en una compañía de 50 hombres mandados por cuatro oficiales del ejército activo, que 100 reservistas en otra compañía de 150 hombres á las órdenes de cuatro oficiales de reserva ó territoriales.

Si además se tiene presente que la instrucción de la tropa es obra principalmente propia del oficial y no resultado de que el efectivo sea chico ó grande—aunque claro es que influye esta última circunstancia—, habrá de convenirse en que, mírese la cuestión desde el punto de vista que se quiera, lo esencial es disponer de buenos cuadros y en número suficiente para las necesidades de la guerra.

De donde se infiere, que lejos de tenderse á reducir las plantillas, es de suma conveniencia aumentarlas, para que basten á formar los cuadros del pie de guerra; bien entendido que en esos cuadros han de comprenderse todos los sargentos y todos ó casi todos los cabos.

Con esto, el ejército quedaría compuesto por dos clases de elementos; uno, exclusivamente profesional, de oficiales y clases que se comprometieran á servir diez á quince años por lo menos; y otro, eventual, formado por los voluntarios y los mozos llamados al servicio.

El aumento de plantillas y las mayores ventajas que sería menester

ofrecer á las clases, recargaría los gastos; pero su aumento quedaría recompensado con creces por la reducción del ejército activo, ya que éste bastaría que contase con los efectivos puramente indispensables para garantizar el orden interior, salvo un período de dos ó tres meses al año en que se convocarían los mozos necesarios para formar unidades reforzadas ó al pie de guerra, con objeto de asegurar la disciplina colectiva y fortalecer y ampliar la instrucción del oficial. En los demás meses del año, los oficiales se entregarían á las labores que indicamos en el artículo anterior y además convendría darles intervención en los servicios de comunicaciones, estadísticas, etc., y en cuanto se relacionara con la movilización.

Por lo demás, no se crea que lo que proponemos exija grandes aumentos en las plantillas partiendo de las actuales. Desde luego podrían y deberían suprimirse una porción de dependencias que hoy existen y que no tienen verdadera y directa aplicación á la guerra, y reformar los cuadros de reclutamiento y reserva. En compensación se constituirían todos los cuadros necesarios para el ejército en pie de guerra, suponiendo limitado ese ejército al activo y de primera reserva, porque los demás no podrían tener otro alcance que el de cubrir las bajas en aquellos dos; todo lo que se espere de las últimas reservas organizadas independientemente como tal ejército, no pasa de ser una quimera, según se empieza á reconocer en todas partes. Esas levas en masa solo conducirían á paralizar en absoluto la vida de la nación y dificultar y entorpecer el mando.

De esta suerte, en lugar de organizar en el papel en cuerpos de ejército, divisiones, brigadas, regimientos, batallones y compañías, escuadrones y baterías, una muchedumbre de 800,000 hombres, un millón, acaso más, basta limitar la organización á 200,000, 300,000, 500,000, según las necesidades de los pueblos, su situación geográfica, forma y caracteres de las fronteras, etc., y destinar todos los demás contingentes, no á formar unidades de ningún valor práctico, sino á mantener siempre completo el ejército de operaciones, facilitando á la vez el encuadramiento.

No perdamos de vista la realidad de las cosas, ni nos dejemos deslumbrar por quienes están interesados en revestirse con pieles de león. Solo á los verdaderos genios—que aparecen con intervalos de muchos siglos—les es dado mandar con acierto ejércitos que excedan de medio millón de hombres; mucho harán los mejores generales con saber mover y emplear 300 ó 400 mil soldados, y aun ello exigirá que sean también muy capaces los generales subalternos. Una gran muchedumbre humana limitará la libertad de acción del general en jefe—como no sea un genio—, pesará sobre él como losa de plomo, y le expondrá á los golpes de otro rival que, mandando menos fuerzas, pero mejores, pueda hacerlas maniobrar, porque en la maniobra, antes que en el número, ha de seguirse viendo la base de la victoria.

Sintetizando, diremos que los métodos que hoy rigen en la organiza-

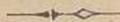
ción de los ejércitos se enderezan á: 1.º, encuadrar en unidades todos los hombres válidos de veinte á cuarenta y tantos años; 2.º, aumentar los efectivos de esas unidades, para que basten pocos oficiales á mandarlas; 3.º, reducir, además, las plantillas de la oficialidad, creando otras de reserva y territoriales; 4.º, mantener crecidísimos contingentes en pie de paz, para que reciban la instrucción militar todos los mozos de cada reemplazo.

Frente á estos principios presentamos los siguientes:

1.º, encuadrar en unidades todos los hombres válidos de veinte á treinta años, y reservar los demás para cubrir bajas y constituir ciertas guarniciones, pocas, del interior de la Península, para la conservación del orden durante la guerra; 2.º no exceder de 240 hombres en el efectivo de la compañía, escuadrón ó batería, y estudiar la conveniencia de reducirlo á 150 hombres, elevando á seis el número de compañías por batallón; 3.º constituir permanentemente los cuadros de jefes, oficiales y clases para el ejército de operaciones (hombres de 20 á 30 años), pero llevando al límite mínimo todas las dependencias no relacionadas con el mando, aparte, como es natural, de los altos centros directivos; 4.º reducir el ejército en pie de paz á lo estrictamente preciso para asegurar el orden interior, pero llevándolo al pie de guerra durante ocho ó diez semanas al año, y procurándose que esa elevación no se efectúe simultáneamente en todas las regiones, sino de un modo escalonado; 5.º, instituir la *instrucción y educación* militar obligatorias á partir de la niñez, combinándolas con ejercicios y reuniones temporales.

El desarrollo de esos puntos es obra larga y difícil, que requiere estudio detenido que no intentaremos abordar, pues que nuestro objeto se reduce á sentar bases que permitan mantener y reforzar la potencia del ejército, sin imponerse gastos que pronto no podrá sostener ninguna nación. En vez de muchedumbres incontables de mando imposible, ejércitos maniobreros, bien mandados y siempre dispuestos á combatir. Pretender lo contrario es una quimera, como iremos viendo sucesivamente.

Un aspirante á veterano.



LOS FRANCESES Y MARRUECOS

La idea de instituir en Uxda, ciudad ocupada militarmente en país enemigo, un comisario civil (con una columna autónoma á disposición de este funcionario y la obligación de concertarse con la legación de Tanger, el gobierno de Argelia, el 19.º cuerpo, la división de Orán, los ministros de negocios extranjeros, de la guerra y presidente del consejo), debía fatalmente engendrar la anarquía y la impotencia. Aunque el ministro de negocios extranjeros intentó justificar ante el Parlamento esa organización,

ella no resiste á un examen. Es evidente que el general Lyautey, sólo, debía tener la dirección y la responsabilidad de lo que sucediera en Uxda; encargado, desde seis años atrás, de la vigilancia de la frontera, ese general había demostrado ya su valer, y la invasión de los Beni-Snassen ha venido á demostrar oportunamente los vicios de la organización híbrida del comisariado de varias cabezas con el que Uxda fué tan singularmente obsequiado, en nombre de la supremacía del poder civil. La violación de nuestra frontera se debió á la falta de energía de que dimos pruebas durante mucho tiempo, y á la imprevisión del gobierno, que tuvo la lamentable idea de formar el cuerpo de ocupación de Casablanca con más de 4,000 hombres sacados de la provincia de Orán, la única amenazada. Ni por su número, ni por su armamento, los Beni-Snassen eran adversarios muy temibles; y si, aprovechando la ocasión de estar desguarnecida la frontera oranesa, pudieron incendiar granjas, inquietar á nuestras tribus y nuestros colonos durante algunos días y causar preocupaciones al gobierno, no tardaron en ser rechazados y perseguidos en cuanto el mando militar volvió á recaer en el general Lyautey; su país fué ocupado y *pacificado* con un éxito que no pudo alcanzar el prestigio del poder civil.

Por otra parte, si la ocupación de Casablanca por el general Drude nos dejó reducidos á una defensiva, cuyas causas no se han visto claras pese á las explicaciones que el Gobierno dió á las Cámaras, el general d' Amade ha gozado de una iniciativa que le permitió perseguir, con método y seguridad incomparables, las operaciones activas hasta la pacificación de los chauias, admirable testimonio de la política francesa creadora de orden, paz y libertad.

Pero, por una extraña contradicción, el gobierno prohibía toda ofensiva contra los bereberes en la frontera argelina, precisamente cuando sus proyectos eran conocidos y anunciada de antemano su intención de atacar á nuestras tropas. Esta prohibición tuvo por resultado la sorpresa de 15 de Abril en El Menabja, jornada gloriosa para nuestras tropas, pero que nos costó las pérdidas más graves sufridas desde nuestra intervención en Marruecos. La formación del harka de Muley Lassen era conocida hacia tres meses, y en lugar de marchar á su encuentro y aplastarla, dejamos que creciera y tomara confianza en su fuerza.

Precisamente cuando nuestros reglamentos actuales—inspirados por las causas hoy demostradas de nuestras derrotas de 1870-71; la inercia y la pasividad del mando—nos ordenan la ofensiva ¡imponemos á nuestras tropas la defensiva á pie firme! Cuando las enseñanzas de la Escuela Superior de Guerra la condenan del modo más formal, proclamando sus inconvenientes: abrumadora inferioridad estratégica y táctica, embarazos de todas clases, parálisis del mando, pérdidas finales mayores, y, por encima de todo, un efecto moral desastroso para el espíritu de las tropas.

Las precedentes lecciones aún no han bastado. El 16 de mayo (1908)

un decreto, firmado por el Presidente de la República, nombraba al general Lyantey alto comisario del gobierno francés en la región marroquí; pero en la ejecución de las medidas necesarias para el cumplimiento de su misión, aquel general, que manda la división de Orán, depende del gobierno general de Argelia y de la legación en Tanger. El buen sentido basta para discernir que ni la legación de Francia en Tanger, que dista más de 500 kilómetros del Muluya, ni el gobierno de Argelia, más alejado aún, pueden ejercer bien la dirección inmediata y absoluta, que lleva en sí la palabra "dependencia," sobre las *medidas que deben de adoptarse*. ¿Cómo no temer que con semejante régimen el general comisario, embarrado, paralizado, sujeto en todos sentidos, sea incapaz de cumplir el deseo que ha concebido y sido aprobado, el 6 de Mayo, por el Presidente del Consejo?

La llegada del general d' Amade, el 30 de Junio, á Um-er-Rbia, tuvo por resultado la huida de Azemmur, sin disparar un tiro, de las tropas de Muley Hafid. Pero la desaprobación del gobierno prueba la incertidumbre que reina en el mismo. ¿Cómo limitar en país enemigo la acción de los jefes militares que, en el terreno de los sucesos, son los únicos jueces competentes y responsables? No es el emperador Guillermo II, imbuido de los principios prusianos y soldado de corazón, quien limitaría, de lejos, la iniciativa de sus generales delante del enemigo, bajo el vano pretexto de obedecer á una ficción diplomática.

Ningún protocolo puede prevalecer sobre los sucesos. El acta de Algeciras no pudo preveer lo de Casablanca. Hemos ido á Marruecos con el asentimiento de las potencias. Combatimos á un adversario fanático, bárbaro, pérfido, desprovisto de la menor noción del *derecho de gentes*. Hacemos la guerra, y en la guerra no hay más que una regla: combatir á todo trance al enemigo.

CORONEL SAINTE-CHAPELLE

(De *La campagne du Maroc*, Paris, 1908).

